

BANDERIZOS

JOSÉ MANUEL APARICIO

BANDERIZOS

Más allá del odio



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: mayo de 2021

© José Manuel Aparicio, 2016
Edición revisada en 2021
© de la presente edición: Edhasa, 2021
Diputación, 262, 2.ª 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6378-4

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 7326-2021

Impreso en España

A mis padres, por comprarme libros

Esta historia se inspira en ciertos hechos y personajes reales, entrelazados con otros propios de una obra literaria y de la libertad de ficción del autor.

«Cuando el mundo era medio milenio más joven, tenían todos los sucesos formas externas mucho más pronunciadas que ahora. Entre el dolor y la alegría, entre la desgracia y la dicha, parecía la distancia mayor de lo que nos parece a nosotros».

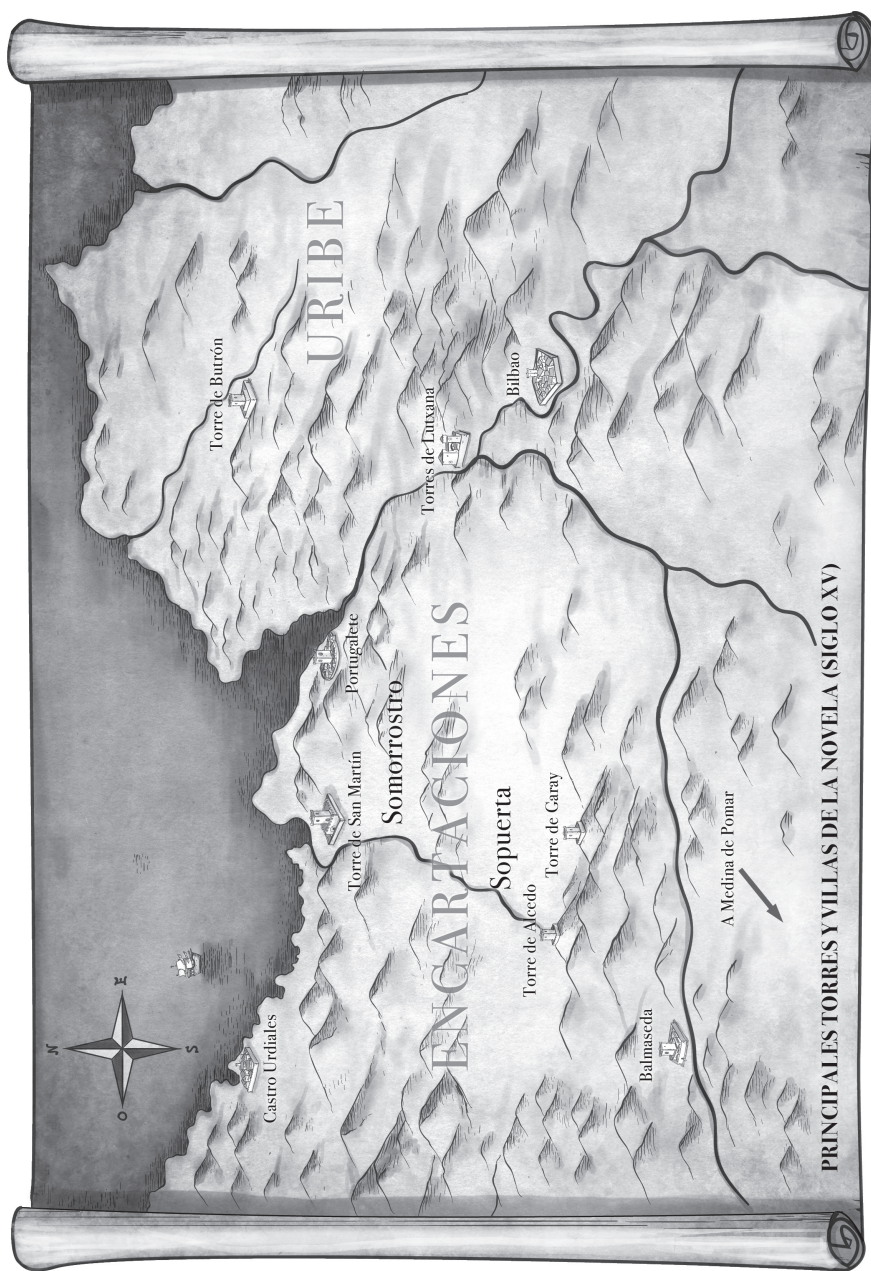
Johan Huizinga,
filósofo e historiador holandés

NOTA PARA EL LECTOR

La Baja Edad Media fue una época de crisis económica y social en gran parte de Europa. La nobleza sufrió varios reveses durante este periodo. Sus fuentes de ingresos tradicionales, combinadas con el comercio y la elaboración del hierro, resultaron insuficientes. A estas dificultades se unió el nacimiento de las villas, nuevos núcleos de poder que amenazaban con socavar su estatus. Además, las mejoras en los medios de producción impulsaron que estas poblaciones muradas, apoyadas por los reyes y cuyo dominio se extendía por las tierras que las rodeaban, fueran las nuevas canalizadoras del movimiento mercantil. La implantación de este sistema chocaba con los arraigados intereses feudales basados en el control de las gentes, las mercancías y el espacio rural. Las tensiones que estos cambios generaron desde el siglo XIII tuvieron como consecuencia el inicio de la lucha entre los propios nobles. La violencia fue la única solución que encontraron para intentar defender y acrecentar sus riquezas. Estos choques desembocaron en la creación de bandos nobiliarios en los que se agrupaban los diferentes linajes.*

En las Encartaciones del señorío de Vizcaya y el oriente de la actual Cantabria eran dos los bandos en disputa: el ñacino, encabezado por la casa de Salazar, y el gamboíno, encabezado por la de los Marroquines, sus ancestrales enemigos, linaje adherido a la poderosa casa de Velasco.

* Resumen adaptado de un fragmento del libro de Juan Manuel González Cembellín: *El castillo de Muñatones*, Diputación Foral de Bizkaia, Bilbao, 1999.



Torre de Butrón

URIBE

Torres de Euzana

Bilbao

Portugalete

Torre de San Martín

SOMORROSTRO

Sopuerta

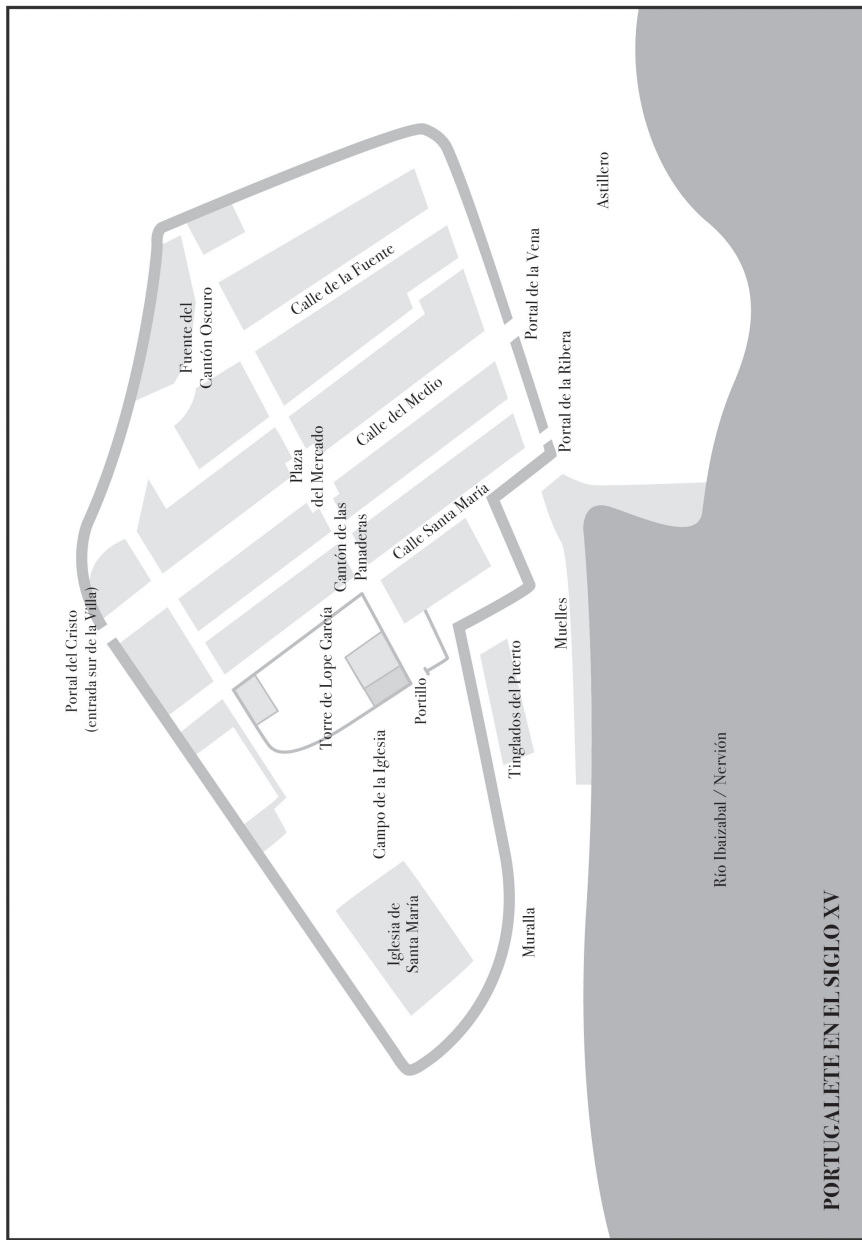
Torre de Alcedo

Torre de Garay

Balmaseda

A Medina de Pomar

PRINCIPALES TORRES Y VILLAS DE LA NOVELA (SIGLO XV)



PORTUGALETE EN EL SIGLO XV

CAPÍTULO 1

TREGUAS

Villa de Balmaseda.

Encartaciones del señorío de Vizcaya, 1445

Aceptaron reunirse, sin armas. En Balmaseda, territorio fronterero con tierras de Burgos. Lope García de Salazar, cuarto señor de San Martín, tomó asiento a un extremo de la mesa. Al otro, Pedro Fernández de Velasco, conde de Haro. Apenas mediaron palabras ni se cruzaron muchas miradas. Un tanteo inicial con pocos verbos, y el pariente mayor de la casa de Salazar depositó sobre la mesa el pliego con la propuesta de tregua. El amplio salón de la torre quedó sumido en un espeso silencio. Por una ventana, abierta a la noche, se colaba el rumor inquieto del séquito armado traído por Lope García, que aguardaba en el patio de armas. Las luces de las velas y lámparas derramaban sombras pesarasas sobre el rostro de los dos hombres, hacían brillar sus pupilas.

Pedro Fernández de Velasco se inclinó hacia delante, muy pendiente de los gestos de su adversario.

—¿No me lo acercáis, don Lope? —preguntó, el tono desafiante.

El otro eludió la provocación y se limitó a responder con un suspiro rumoroso.

Pedro Fernández apuntó una sonrisa socarrona y chasqueó dos dedos. Su sirviente apareció tras una cortina, las ma-

nos a la espalda, el cinto sin puñal. No pudo evitar levantar las cejas, intimidado, al comprobar la excepcional estatura del señor de San Martín. El conde de Haro aguardó a que el criado le aproximase el papel y se retirase. Entonces rasgó el lacre y desdobló el pliego sin dejar de ojear a su enemigo. Lope García también lo escrutaba, procurando disimular la repugnancia que le provocaba su grotesco aspecto. Grotesco, porque Pedro Fernández de Velasco era bizco, y el ojo sano no corría mejor suerte, pues, cuando se irritaba, un tic le hacía temblar el párpado. Como remate, una tara en la cerviz le torcía el cuello. De talla discreta y escaso pelo entrecano, su cara redonda de piel ligeramente atezada por el sol sugería su origen mesetario.

El conde de Haro no se anduvo con falsas cortesías y dejó que su mirada sí trasluciera toda la náusea que el otro le producía. El físico de Lope García de Salazar era tan opuesto al suyo como los intereses que los enfrentaban: tenía la frente amplia, robusta la nariz, marcados los pómulos. La mandíbula y el cuello se intuían fuertes bajo la opulencia de sus barbas. Eran las suyas unas facciones recias que ganaban en distinción bajo el cabello negro vetado de haces grises en las sienes.

No había más cosa en común entre Lope García y Pedro Fernández que sus cuarenta y cinco años de edad.

El conde meneó la cabeza, se encogió de hombros y leyó en voz baja la propuesta. Lope García de Salazar siguió el correr de sus pequeños ojos de renglón en renglón, atento al mohín de desprecio que se le insinuaba a cada bisbiseo.

Cuando hubo terminado, Velasco dejó el pliego sobre la mesa con el índice y el pulgar de la diestra, como si temiera contagiarse de algún mal, y compuso un gesto burlón.

—Treguas, treguas, treguas... —dijo—. Seguro que las tripas te piden otra cosa.

Lope procuró aflojar la tensión que le subía por los brazos y le endurecía la cara. Se pasó una mano por la brigantina con amarres que le protegía el torso.

—Es lo más sensato —consideró—, lo más conveniente.

–¿Conveniente? ¿Para quién? ¿Para ti?

–Para todos. La moderación atraerá la riqueza.

–¿Moderación, tú?

–Jamás he cometido desmán superior que los de tus parciales en las Encartaciones.

–Habría que contar todos los asaltos y muertos para juzgar eso.

–He venido aquí para que dejemos de contarlos.

Pedro Fernández de Velasco rio con mucha exageración, acentuando su apariencia tarada.

–Sinceramente... –Llevó un dedo al papel y releyó una de las líneas, pasando la yema sobre los trazos elegantes y rotundos del salazariego–. No sé, no me acabo de creer que no vengas con ánimo hostil contra mí ni los míos. El caso es que yo contra ti sí que lo tengo. Por eso te reconozco cojones al haber venido hasta aquí.

A medida que el conde hablaba, la expresión de Lope García había ido adquiriendo aún mayor rigidez. El olor a velatorio de las velas engullía la fragancia del aceite aromático que alimentaba los candiles.

–Bien sabes –continuó Pedro Fernández– que me basta con levantar un dedo y de esta casa no sale vivo nadie.

–Tú lo has dicho, nadie.

Lope marcó con voz gruesa cada palabra.

Un nuevo silencio se deslizó oscuro sobre el salón. Las manos de ambos, como al descuido, revoloteaban instintivamente cerca de las caderas, desprovistas de puñales.

El cuarto señor de San Martín y el conde de Haro volvieron a trabarse las miradas. Un dilatado instante. Éste se reclinó sobre el respaldo y juntó las yemas de los dedos, formando un triángulo.

–Bueno, basta de silencios incómodos –suavizó con sarcasmo–. Al fin y al cabo has venido con ánimos sosegados, que es mucho decir de tan afamado hidalgo. Por eso es de justicia tratar tu proposición con el debido decoro.

Lope García arrugó la barbilla.

–Sería lo suyo.

–Bien, con un poco de voluntad ya empezamos a entendernos.

–Busquemos el acuerdo. Nos interesa a todos.

–Cierto es, acuerdo y paz. Me gusta cómo suena –afirmaba ahora con la cabeza el conde–. Pero, al ser una cuestión tan relevante, sé que me concederás tiempo para considerarlo y enviarte mi respuesta.

El señor de San Martín se puso en pie dispuesto a marchar. Su larga sombra se proyectó sobre la mesa como una nube negra.

–Espero respuesta, pues.

–Sea. –Pedro Fernández agitó una mano en el aire, teatral, y se quedó pensativo, como si urdiera alguna idea–. Por cierto –lo retuvo–, ¿no te apetece tomar un poco del vino de Toro que he mandado traer?

Una curva escéptica ascendió a los labios de Lope García. Rehusó la supuesta gentileza de su rival y salió sin despedirse.

* * *

Sobre sus monturas, seguidos por la mesnada de a pie y a caballo que se alumbraba el camino con teas, Fortuño de Salazar, señor de la torre de Ontón, observaba el perfil de su hermano Lope, que acababa de narrarle lo acontecido ante Pedro Fernández de Velasco. Aún se apreciaba en su rostro el esfuerzo de aquella noche por evitar que se le derramasen las tensiones, primero de palabras y luego de manos.

–¿No ha sido mucho doblegarse? –cuestionó Fortuño.

–Puede ser.

–Tú nunca has sido de los que envainan hierros.

–También puede ser... –Lope esbozó una sonrisa–. Pero no oigo de nuestros campesinos y comerciantes más que pro-

testas por temor a ser muertos por los Marroquines o cualquier otro de los atreguados de Velasco.

El semblante de Fortuño de Salazar, de natural amable, adquirió un matiz severo.

–Los Marroquines no son más que sus perros lameculos.

–Y quizá convenga atender esas quejas. –Lope meditaba en voz alta, ajeno al juicio de Fortuño–. Nuestras rentas dependen de cómo le vaya a nuestra gente.

–Aunque Velasco acepte la tregua, no durará. Ninguna lo hace.

Hablaban sin mirarse, atentos al camino, insondable más allá del fulgor de las antorchas. Sobre la espesura boscosa que asfixiaba la calzada, la noche arrumbada de nubes.

Callaron, el aire reflexivo. El reposo cálido de la noche de verano se entreveraba con el chirrido de los grillos. La fragancia verde de la campiña acariciaba las ásperas pieles de los mesnaderos.

Regresaron a la incertidumbre de la conversación.

–Tal vez debieras de escribir al rey –valoró el de Ontón–. Podría mediar.

–¿Mediar el rey? Se trata de Pedro Fernández de Velasco, todo un magnate. Antes le escucharía a él que a mí.

–Eso es cierto.

–Esto depende de nosotros, ya lo sabes –prosiguió Lope–. Los términos están propuestos. Cumpliré mi palabra y no cometeré tropelía alguna contra su gente. Aceptar o no que haya paz entre nuestras casas ahora queda en manos de Velasco.

–Pues rezaremos para que lo haga –rogó Fortuño, y soltó las bridas para santiguarse.

* * *

–Treguas pide... A mí, grande en Castilla. Esa chusma hidalga que amenaza el buen gobierno y la prosperidad del reino con sus desmanes. Esos analfabetos aislados que se creen gigantes

en sus cochambrosas torruchas. Qué sería de ellos si no fuera por las calzadas y los puertos... Hay que exterminarlos como las ratas que son, ¿no crees?

El conde de Haro hablaba a Fernando de Mena, su viejo ayo y pariente de Balmaseda, el que había dispuesto la casa para el encuentro entre los dos banderizos. Pedro Fernández estrujó el pliego y se lo lanzó al cadáver tirado frente a sus pies.

—Ésta es mi tregua —continuó.

Fernando de Mena agarró de los pelos al muerto y le giró el cuello con suma facilidad. Tenía las vértebras partidas.

—Con los guarros al matadero —dijo.

Él mismo lo acababa de arrojar por una ventana del salón de la torre. El infeliz no era más que un mozo de apenas quince años que iba camino de tierras burgalesas, secuestrado por reconocerse vasallo de los Salazares de Portugalete cuando transitaba por el camino y le pidieron que se identificara. A él, a sus dos hermanos y a sus padres, que conducían un carro tirado por una recua de bueyes. Eran los últimos arrieros del intenso tráfico que a diario soportaba la calzada en su trajín mercante entre la meseta y los puertos cantábricos. El más pequeño de la familia, que aún necesitaba de una mano materna para no caerse al andar, se encontraba enfermo por haber bebido malas aguas, y la preocupación por ello los había rezagado. Eso aseguraron a la cuadrilla de peones armados que los detuvieron. Fue el muchacho el único que contestó a la pregunta concerniente a su parcialidad. Quizá la inocencia de la mocedad o los nervios del infortunado encuentro lo empujaron a descubrir al servicio de qué casa estaban. Y aquella respuesta selló su destino. Intentaron resistirse cuando uno de los asaltantes echó mano al cuello de la madre, pero el miedo a los chuzos y cuchillos velasquinos no dejó lugar a la huida. La cuadrilla banderiza tampoco atendió al ruego de dejarlos marchar al decir ser gente humilde y de bien que sólo trabajaba para los salazariegos por su necesidad de llevarse algo a la boca cada día, que de guerras nada entendían. No hubo si-

tio para la clemencia ni aun cuando la desdichada familia, al saber que iban a morir, suplicó por sus vidas, ofreciendo cuanto llevaban en el carro. Los arrodillaron y los apuñalaron, uno tras otro; en el cuello, en el pecho, en la espalda..., entre alaridos y chillidos desgarrados de lágrimas que estremecieron el atardecer. Ni siquiera el pequeño se libró de un tajo en la garganta. Sólo dejaron vivo al muchacho de quince años. Los mocos y el llanto le resbalaban sobre la boca mientras veía cómo echaban a sus hermanos y a sus padres al río Cadagua. Cuatro bultos que se llevó rugiendo la corriente. El cuerpo de su madre fue el último en desaparecer tras una cascadilla. Luego, arrastraron al chico hasta la torre. Fue Pedro Fernández de Velasco, una jornada después de tener enfrente a Lope García, quien había mandado que asesinasen a cualquiera que se dijera de Salazar. Necesitaba desfogarse. Desfogarse de una crispación que había comenzado el día que llegó a Medina de Pomar la misiva de su enemigo proponiéndole una reunión en Balmaseda. La crispación se había avivado tras el encuentro, y para aplacarla quiso que a alguno se lo subieran a la torre; lo quería ver morir con sus propios ojos. Y le tocó al zagal. Y allí se lo plantaron, mientras él, sentado en una silla de caderas con respaldo, vestido sólo con larga alcandora blanca y desprovisto de calzado, se entregaba a degustar un tinto de Toro en copa de plata.

Subió los pies descalzos a un escabel y se acomodó en la silla. Al mozo, la cara lívida por el terror, le flaqueaban las piernas. Los dos peones que lo custodiaban tenían que agarrarlo de los sobacos para que no cayera sobre sus propios meados. Pedro Fernández asintió con la cabeza, caviloso, aprobando la calidad del vino, e hizo una seña para que lo arrojaran por la ventana. El chico ni siquiera gritó en la caída, perdida la consciencia por la impresión. Sólo se escuchó el golpe seco de su cuerpo al chocar contra el patio de armas. El conde mandó que le subieran el cadáver, lo quería ver otra vez para resarcirse, y allí se lo dejaron, apoyado contra un arcón tan largo como un

féretro. El muchacho se había roto el cuello, y el rostro, una masa morada, se había destrozado por el impacto.

–Tiene el pescuezo más jodido que yo –ironizó.

Fernando de Mena le rio la gracia y se dirigió a la mesa para servirse un chorro de vino. El conde lo siguió con su ojo bizco.

–Matar a esta gentuza servirá de ejemplo –sentenció.

–Ahora sabrá ese puerco de Salazar cuáles son nuestras condiciones de tregua.

–El miedo mantendrá bajo nuestro control el comercio hacia los puertos.

–Así sea.

Renegó Pedro Fernández de Velasco y orientó la vista hacia el pliego arrugado junto al cadáver.

–Que tenga siquiera que gastar tiempo en leer esta basura venida de la mano pordiosera de García de Salazar...

–Es intolerable.

–Todo sea por no perder las formas –soltó el conde una risita extravagante.

–Sin duda.

–Vamos, quémalo.

El de Balmaseda se apresuró a tomar el papel y prenderlo con la llama de un candil. Las condiciones se deshicieron ennegrecidas, transformadas en jirones de humo gris que ascendieron violentos hacia el techo.

–Me ofende... –continuó el conde de Haro–. Me ofende incluso pensar en él. Quién se cree que es ese pueblerino para imponerme condiciones, a mí. ¡A mí!

–Nadie, no es nadie.

–¿Espera respuesta? Pues ya la tiene. –Apuró el vino. El ojo bizco le chisporroteaba de ira, temblaba el párpado del sano–. Ya estoy en Vizcaya, para quedarme.

–Y nuestros atreguados lo agradecerán.

–Cuando toca limpiar mierda, hay que meterse en la pocilga sin tardanza.

–Desde luego.

Pedro Fernández de Velasco retiró el escabel y pisó rabioso el suelo cubierto a sus pies por una piel de lobo. Sintió la suavidad aterradora del pelaje animal.

–Lope, el *lupus*... –masculló–. Ya es hora de aplastar a esa bestia.

CAPÍTULO 2

ALTERCADO EN LA CALLE DEL MEDIO

Villa de Portugalete

No reñían hoy gentes menores. Y los pocos con redaños o insensatez para presenciar la pelea a distancia cuchicheaban que algo tendría que ver con la marcha de Lope García de Salazar a Balmaseda. Porque el rumor de un intento de tregua entre Salazares y Velascos se había convertido en centro de las conversaciones villanas de las últimas jornadas. Un rumor ensombrecido por la noticia de la muerte de una familia de comerciantes salazariegos.

Todos habían visto venir la disputa. Bajaba Lope García por la calle que decían del Medio, acompañado por un hombre chaparro de su comitiva armada y un muchacho que cargaba sus pasos lisiados sobre una muleta.

Fue cerca del Portal de la Vena, que daba a los astilleros de Ribera, cuando vieron subir a dos *jauntxos* con paso tambaleante. Eran señoritos de los Martínez de La Pedriza, linaje importante en la villa con quien, de cuando en cuando, los Salazar tenían mala vecindad. Les seguían los pasos tres hombres. Gente pependenciera. Acababan de salir de la Taberna de la sidra, abajo de la calle. En su ascensión, con mucho pavoneo en los andares, sorteaban los excrementos de los animales y los riachuelos de inmundicias humanas que expandían su olor fétido. Apestaba a pelea y, como si un viento hubiera arras-

trado a los habitantes, ya no salía ni entraba nadie a la villa por los portales de la Vena y la Ribera. El ajetreo de mediodía aguardaba mejor momento para continuar. Mercaderes, mulateros, campesinos..., al ver los ademanes fanfarrones de los banderizos, habían corrido a ocultarse o al menos a presenciar el posible altercado a prudente distancia. Los artesanos retiraban raudos las tablas con sus productos y trababan puertas y ventanas para evitar que la brega se les metiera dentro. Y el silencio se adueñó de la calle.

Los de La Pedriza se fueron escorando, muy engallados, hacia los Salazares. No tardaron en cruzarse. Los ojos encendidos por la bebida de uno de los primeros, un *jauntxo*, un señorito que vestía fina jaqueta roja, se detuvieron en los de Lope García.

—¿Problemas por la villa esta mañana, señor preboste?

La mención en tono gallardo al oficio regio del pariente mayor de los Salazar había hecho que éste bajara su mano izquierda, con grueso anillo de oro y rubí engastado, hasta el pomo dorado de la bastarda. La espada de mano y media pendía del cinto, bien enfundado en cuero de calidad con remaches de plata a lo largo de la vaina.

—Ninguno, si nadie lo busca —contestó Lope, sereno, sin voluntad de seguir la gresca.

—¿Y el tullido los tiene?

No se arredraban los de La Pedriza, atentos ahora al joven de la muleta. Les daba igual buscar pendencia con el linaje que mandaba en la villa. Esta vez Lope García no respondió. Apretó los dedos en torno a la empuñadura de su arma. Se le blanquearon los nudillos. Echó una rápida ojeada por encima de los *jauntxos* a sus tres peones, que les iban haciendo corro. Tipos fuertes, con botas hasta medio muslo, capas y jubones de cuero muy magullados de bullonadas. Olían también a taberna. Pero, más hechos a la bebida que sus jóvenes señores, mantenían el gesto firme entre las barbas, sin moverse un paso del sitio, con las miradas muy vivas, alzadas las cejas para no

perderse ningún movimiento agresivo. El chaparro que acompañaba a Lope, un sujeto de barba castaña tan tupida que no se veía nada de su cara por debajo de la nariz, salvo la boca como una raja entre el pelo, dio un paso al frente por delante del chico de la muleta.

El otro *jauntxo*, vestido con jaqueta verde, cogió su turno para ofender.

–Dicen que a alguno se le ha arrugado la entrepierna y que anda pidiendo treguas a Fernández de Velasco.

El desplante le había salido más suave que al de rojo al ver los nudillos del preboste de Portugalete. Lope García insinuó una sonrisa. Una mueca negra, vacía de humor. Se escuchó su respiración, lenta, feroz como un trueno.

–La basura que apoya al bando gamboíno sólo produce ganas de vomitar –repuso–, sobre todo cuando la representan dos puercos borrachos como vosotros.

Eso era mucho insultar. Ya no había lugar para el temple, no entre linajes que se precien. La sangre ardía y el peso del apellido obligaba a mantenerlo bien alto.

Y entonces tocaron la sexta en la parroquia de Santa María, como un infausto preludio del trance. Y de las palabras brutas a las manos y los hierros no medió más que la brisa fría de la ría que se colaba por el Portal de la Vena.

Fue un visto y no visto.

Dos de los peones fueron a por Lope, forzándolo a girarse y a quedar mirando hacia arriba de la calle. El tercero y los dos *jauntxos* se arrancaron contra el chaparro. De aspecto torpón, muy hábil sin embargo, éste había saltado a un lado y se interponía entre ellos y el muchacho de la muleta.

Pronto quedó dividida la pelea.

Lope se enfrentaba a dos bullones, cuchillos largos como espadas que sus oponentes hacían zigzaguar frente a él. Recibió una segada diagonal del primero de arriba abajo y una acometida de flanco del otro. Había intención de matar. Pero eso y poco más pudieron hacer para buscar hueco

por donde meterle una cuchillada. A pesar de ser diestros en la esgrima y de la ventaja que les concedía la inclinación de la calle, empujaron al preboste hacia la ronda y el Portal de la Vena, pero no lograron entrar en su guardia. Lope la mantenía muy amplia, empuñando bastarda a dos manos, e incluso a una, y amagaba de punta cada vez que los otros amenazaban con echársele encima, obligándolos a recular, intimidados por la diferencia de altura y por su insólita capacidad para manejar la espada de mano y media a una mano. Esquivó Lope un nuevo ataque, dirigido al muslo y, cuando el peón echaba el brazo atrás para describir otra embestida, le trabó la muñeca con su mano izquierda, se echó el filo de la bastarda sobre el hombro y le rompió el pómulo con un golpe seco del pomo. El peón se desplomó inconsciente sobre la tierra emborronada de pisadas. Al otro, que ya se venía hacia él, se lo quitó de en medio rotando talones antes de largarle una descarga oblicua de abajo arriba. El filo le abrió un corte en medio de la cara. La nariz quedó colgando de una tira de piel. Se llevó una mano al estropicio, horrorizado, y dejó caer el arma. No era la primera vez que Lope García se batía con más de uno a la vez. Y éstos se habían jugado el alma y las tripas con el cabeza de linaje más importante de Portugalete. Nefasta elección.

La otra disputa, sin embargo, tenía malos visos. Demasiados cuando se apuñala a la velocidad de un rayo. Lope vio a su hombre muy comprometido contra los hierros de los otros tres, intentando proteger al lisiado con rápidos agarres y puñadas. El mozo, de apariencia muy frágil, había perdido el aire y se apoyaba en la muralla para mantenerse en pie. Respiraba a silbidos, medio encorvado, con la muleta bajo el brazo derecho y la mano libre en el pecho. A los jóvenes de La Pedriza, la sidra y el odio les habían infundido arresos, pero el exceso de ambos no les dejaba medir, y sus ofensivas se perdían en el aire. Hasta que acertasen. Eso, de momento, había dado opciones al chaparro, que reñía con

mucho aplomo. Logró refrenar al peón de una rápida patada en los testículos y se deshizo del señorito de rojo desviando con la zurda la acometida con daga damasquinada que le iba al pecho. Aprovechó que el *jauntxo* dudaba para inmovilizarle el brazo, levantar una pierna y tirar de su extremidad hacia abajo. Los huesos del codo crujieron al partirse contra la rodilla. El chillido del infeliz había hecho que el de verde se quedase paralizado, la daga bailoteándole en el puño al ver a su hermano revolviéndose en el suelo con el brazo hecho añicos. Bravucón de lengua con varias jarras encima y el orgullo del apellido inflamado, de pronto se mostró indeciso.

Pero el chaparro, centrado en alejar a los *jauntxos*, había perdido la posición defensiva sobre el muchacho de la muleta, y el peón de la patada en los atributos se recuperaba mientras escupía juramentos de muerte. Y ya miraba al lisiado.

El vello de Lope García se erizó. No tenía tiempo para evitar la tragedia.

La cuchillada del peón iba certera a las costillas del chico cuando un garrotazo hizo saltar el bullón de su mano. Dio un paso atrás, enmudecido, los ojos fuera de sí. Una de las púas de hierro del garrote se le había incrustado entre los huesos. Sólo entonces gritó como si le estuvieran arrancando los intestinos. El que sujetaba el garrote tironeó de él hasta liberar el clavo. El herido se miraba el destrozo con la boca abierta. Chorreaba sangre a espuestas. Agarró el borde de su capa y tapó el boquete. El chaparro aprovechó para derribarlo de dos tremendos bofetones.

Los señoritos de La Pedriza se desentendieron de la riña y escaparon calle arriba, escabulléndose por una huerta entre dos casas justo cuando bajaban a la carrera varios hombres de pelea salazariegos, bien armados con chuzos y ballestas.

El chaparro ayudó al muchacho de la muleta a acercarse hasta donde se encontraba Lope García. El preboste recuperaba el aliento.

–Que el alcalde haga sus justicias –reclamó mientras miraba de reojo al que los había ayudado.

Los de Lope levantaron a guantazos a los de La Pedriza, los engrilletaron y se los llevaron por la ronda.

Enfundó Lope la bastarda y se acomodó la ropa. Tomó al joven lisiado por la barbilla.

–Enseguida volvemos a casa.

El chico asintió, sudoroso.

En un Portugalete detenido por el frenesí de la trifulca, aún con el susto en el cuerpo, poco a poco los artesanos reabrieron las puertas de sus casas. Extramuros volvía a escucharse el rumor de la actividad portuaria. Los astilleros y los tinglados borboteaban de trabajo. Una gaviota canturreó triste sobre la ría bajo el cielo agrietado de nubarrones.

Lope evaluó al del garrote. Estaba algo más allá, en la embocadura de la ronda. Un hombre espigado, con una rudimentaria porra ferrada con clavos en un extremo. Resollaba y mantenía prieta el arma bajo el puño derecho. Vestía a lo pobre, con un raído capote de barragán negro; la cabeza, envuelta en la capucha de la prenda. Las amplias alas le caían a los lados arrojándole sombras sobre el rostro que realzaban sus ojos fríos, muy fijos en el célebre banderizo.

En torno a los reñidores se fueron congregando los vecinos, atraídos por la morbosa curiosidad que provoca el sufrimiento en carne ajena.

El cuarto señor de San Martín hizo un gesto con la mano ensortijada al del garrote.

–Tú, ven aquí.

El individuo no se movió. Tampoco aflojó la presión de los dedos sobre la porra. De una de las púas todavía goteaba sangre. Tenía el cuerpo rígido, un poco ladeado, como si pensara en marcharse.

–Que te acerques, he dicho.

El otro siguió igual, la faz nebulosa bajo la capucha. Lope García perfiló una mueca, molesto.

—¿Eres sordo? —insistió.

Al fin, las abarcas que calzaba el encapuchado se despegaron del suelo. Un paso. Luego otro. Los dos lentos, muy medidos.

—Quítate la caperuza —exigió el banderizo—. Quiero saber quién se mete en riñas ajenas.

El otro tomó la capucha con el pulgar y el índice. Dos dedos largos, nudosos como sarmientos, descubrieron a Lope García de Salazar la identidad del hombre que había socorrido al mozo.

Era un individuo de unos treinta años con la piel pálida como el invierno y los rasgos esculpidos con ahínco por la delgadez. Los pómulos y la barbilla destacaban tan afilados como sus labios, apenas dos líneas bajo la puntiaguda nariz. El cabello era un revuelto de mechones rubios mal trasquilados sobre la frente y, bajo ésta, despuntaban los iris, de un azul tan gélido que parecía casi blanquecino. Seguían mirando a Lope García con la fijeza muerta de una culebra.

El banderizo detuvo su atención en una abultada brecha que reptaba como un gusano por entre el revoltijo de mechones. Desde la sien izquierda hasta morir sobre el párpado.

—Bonito recuerdo... —observó.

La sorna debió de hacer pensar algo al del garrote. Un profundo surco se le marcó en el entrecejo.

Dos hombres de Salazar, que permanecían allí, comadreaban al oído sobre él, como haciendo risas. El que portaba ballesta buscó provocarlo.

—Menudo fulano tan extraño —comentó en voz alta.

—Seguro que es retrasado —dijo el otro.

El aludido se humedeció los labios, como si valorase devolverles el insulto.

—¿Cómo te llamas? —intervino Lope.

Sin apartar la vista de los dos ofensores, el del garrote entreabrió los labios y dejó ver sus dientes amarillentos y algo agudos. Asomó entre ellos la punta de la lengua, rojiza y húmeda.

Parecía olisquear el aire. Aquella boca ancha, aquella lengua, aquella dentadura como una sierra recordaban a una serpiente.

–Juan Pagoeta –anunció.

–Se te ve bravo. –El banderizo seguía tasándolo.

Bajo el capote se adivinaban unos hombros amplios que le conferían buen porte. Subían y bajaban al compás de la respiración.

Lope se adelantó hacia él. Midió con una mano su estatura.

–Y no andas nada mal de altura.

Apuntó una sonrisa, muy comedida. El de la brecha seguía sin aliviar la presión sobre el garrote. La mano del preboste se hizo puño y regresó a la cadera.

–¿Tú sabes quién soy yo? –preguntó.

Pagoeta reparó en los borceguíes claros del banderizo, en las calzas bermejas, en la ropa corta y negra.

–Un *jauna* de los importantes.

–Así es, un señor, el del valle de Somorrostro.

Así se presentó Lope García de Salazar, cuarto señor del solar de San Martín de Muñatones y del valle que había mencionado. La casa de Salazar era considerada de entre las mejores de las Encartaciones de Vizcaya. Cabeza del bando oñacino en territorio encartado. Mas la posición de quien hablaba no le borró el gesto tenso a aquel sujeto.

–Y ese zagal al que has salvado es mi hijo Aritz.

Pagoeta echó una ojeada al lisiado. Un muchacho enjuto de carnes que tenía la piernecilla derecha atrofiada, un poco más corta que la izquierda. Una fuerte deformación a la altura de la rodilla se la arqueaba hacia el interior. Su indefensión era evidente.

–Con esa cara tan blancucha –continuó Lope hablando al de la porra– y ese pelo tan rubio diría que eres descendiente del mismísimo Jaun Zuria.

Pagoeta tampoco manifestó emoción alguna al escuchar aquel curioso apelativo. Casi toda su expresividad se concen-

traba en aquellos ojos de reptil, fijos como estacas en el banderizo.

—¿Y ése quién es? —preguntó.

La ligera sonrisa de Lope García se enfatizó. Explicó que se refería al primer señor de Vizcaya, a quien llamaban Jaun Zuria, «el señor Blanco», por lo clara que era su piel y rubio su cabello.

Lope examinó de nuevo la aparatosa brecha.

—Aún no me has dicho cómo te hiciste eso.

Juan Pagoeta apartó la mirada y paladeó la respuesta, sumido en recuerdos.

—Los caminos de Vizcaya no son seguros —aclaró.

Su voz sonaba seca, como un hosco susurro. Encajaba bien en su aspecto.

Dos alguaciles del regimiento llegaban desde el extremo de la ronda interrumpiendo la conversación. El banderizo los retuvo. Los oficiales del orden se detuvieron junto a una vieja acémila cargada de fardos. El animal soltó un rebuzno.

—¿Es tuya? —inquirió Lope.

Pagoeta afirmó.

—¿Qué vendes?

El otro bajó la vista. Un rubor prendió sus mejillas.

—De todo.

—¿Acaso te avergüenzas?

—¿Debería?

—Has salido respondón.

—Habéis preguntado.

El chaparro barbudo consideraba muy serio a su *jauna*, como si le desagradase ver que su media sonrisa se ensanchaba con las atrevidas respuestas de aquel buhonero. Tampoco el hijo quitaba ojo a su padre, el rictus algo más relajado tras la lucha. Agradecía a Dios entre dientes el verse de nuevo guarnecido por sus anchas espaldas y sus poderosas extremidades. Un cuerpo, el de su progenitor, hecho por natura para la guerra.

—¿De dónde vienes? —siguió interrogando Lope al tal Pagoeta.

—Del valle de Sopena.

—Un soportano que se mete a ciegas en asuntos portugalujos. ¿Por qué?

Hubo un silencio salpicado por el canto agudo de una gaviota. Sobre su planeo circular, la gruesa maraña de nubes comenzó a liberar su llovizna. El aroma de la tierra al humedecerse se apoderó del aire mezclándose con el olor pegajoso de la brea que empleaban los calafates en los astilleros, al otro lado del muro.

—¿Quién sabe...

—¿Para morir?

No llegó la réplica.

La mano izquierda de Lope García abandonó el pomo de la bastarda. Se pasó los dedos por el bigote. La otra permanecía sobre la cadera. Cavilaba.

—Irás a mi casa dentro de dos noches —dijo al fin—. Hablaremos.

Y se volvió hacia los suyos. Juan Pagoeta los vio marchar calle del Medio arriba y se echó de nuevo la capucha sobre la frente. Las chispas de lluvia se tornaron chaparrón, embarrando la tierra, entorpeciendo el paso de los que, libres ya del miedo, se atrevían a entrar y salir de la villa por los portales de la Vena y la Ribera.

* * *

El altercado alteró los ánimos entre los portugalujos. Hacía tiempo que no se producía una reyerta tan severa con los Salazares, y menos aún con su pariente mayor. Y los rostros de las gentes se fueron frunciendo de dudas y temores. Las habladurías pronto se volvieron un murmullo constante en torno a un posible aumento de la violencia en la villa. También se decía que aquel ataque de los *jauntxos* de La Pedriza y su

peonada venía favorecido por algo más que el exceso de bebida y el empuje de la mocedad. Buenas monedas debían de haberlo amparado. Dineros procedentes de Juana de Butrón, sostenían algunos. La esposa de Lope García, con quien había contraído nupcias mediante acuerdo matrimonial firmado por sus respectivos padres. Igual que hablaban sobre el desdén de aquella hacia el lisiado Aritz, un hijo bastardo de Lope tenido con su manceba Mencía antes de casarse. Lo mismo que otros aseguraban saber de los menosprecios a los que Juana sometía a su esposo en encuentros y celebraciones, criticando sus supuestas incapacidades y defectos. Incluso se aventuraba en las tabernas, entre potes de sidra, vino blanco y juegos de naipes y dados, que muchos hombres se relamían al observarla, y que a ella se le encendían los andares y se le embudaba el hociquillo de satisfacción al verse tan deseada.

La única realidad constatable es que en aquellos días doña Juana de Butrón se encontraba en Portugalete. Y nadie sospechó que sufriera angustia alguna ante el ataque sufrido por su esposo. De hecho, dos jornadas después del altercado, Juana, a la que decían «la Brava», aprovechando una ausencia de aquél por cuestiones de prebostazgo, mandó a su escribano redactar la siguiente misiva:

Muy alto, católico y muy poderoso rey, nuestro señor:

Crea vuestra alteza que más querría yo morir que darle enojo. Pero lo que oigo decir y, lo que es peor, hacer a mi esposo don Lope García de Salazar y Muñatones me impone cumplir con mi obligación de ponerlos al corriente de cuanto aquí se dice y acontece, por el bien y la paz de todas las tierras de vuestro reino, que en mi condición estoy obligada a hacer guardar, que estando la casa de Butrón, a la que con orgullo pertenezco, emparentada con la vuestra, ninguna otra cosa cabe esperar de mi persona. Mal ninguno deseo a mi esposo, pero menos aún a este vuestro señorío de Vizcaya. He podido saber que alberga pretensión de hacer cuanto daño pudiere

a vuestro leal vasallo don Pedro Fernández de Velasco, que con mucha grandeza os sirve. No esconde tan belicosa inclinación ante nadie. Tal es su odio. Falso es, por lo tanto, cualquier intento de tregua en que pueda parecer interesado, pues sus palabras lo contradicen. Mas como rey la duda que las mías os produzcan estará bien justificada. Mi esposo os ha aportado sus lanzas cuando le han sido requeridas, y justo es que tenga la merced de vuestro reparo y buen juicio. Por eso suplico de vuestra alteza que examine y mande ver y examinar la carta que a ésta adjunto, para mi pena, desgracia y vergüenza descubierta entre los pliegos desechados por don Lope, dirigida a uno de sus atreguados. Cuanto en ella se expone sugiere esto que aquí sostengo...

Y tras cerrar la misiva, haciendo nueva mención al orgullo de estar la casa de Butrón emparentada con la de Trastámara, observó cómo el escribano mojaba el cálamo y comenzaba a escribir, con la maestría que le proporcionaba su oficio, vigorosos trazos que recordaban a los de Lope García...

... que habiendo en el reino este monarca tan gozoso de la caza, las artes y las celebraciones allá en Segovia y tan poco de los asuntos de gobierno, hemos de aprovechar semejante debilidad en nuestro favor. Por eso habéis de ayuntaros con vuestros parciales del valle y que no pase día en que sepa yo que vos dais descanso de guerra a nuestros enemigos naturales. Haced cuanto daño podáis a los atreguados de la casa de Velasco y a quienes los siguen, que yo habré de hacer lo propio contra sus atreguados Marroquines que me hacen vecindad. No dudéis y cumplid lo que os mando, que este rey no se entrometerá. Mas en el caso de hacerlo a través del corregidor o alcalde de corte, serán recibidos con la misma fuerza y desprecio que si mandara tropa el mismo Pedro Fernández de Velasco...

No le fue fácil al amanuense transmitir al pergamino cuanto Juana la Brava le iba dictando. Cada poco se le escapaba un resoplido de angustia. Cerró los ojos y contuvo el aliento cuando se vio obligado a finalizar con la firma de Lope García de Salazar, con tal destreza que nadie hubiera sabido de la mano falsa que la trazaba. Reiteró la Brava su amenaza al escribano: si le contaba a alguien lo que le acababa de exigir, si la delataba, no tardaría su familia en soportar el peor de los castigos.

–Es hora de arruinar la vida a mi esposo... –fue su sentencia, pronunciada en soledad.

Aquel mismo día las misivas fueron despachadas, una dentro de la otra, con cera sellada con el escudo de Butrón, hacia el alcázar de Segovia, donde el rey Juan habría de recibirlas.